





# (DES)MEMORIA Y OTROS TEXTOS

Lucía Eugenia Orellana

## (DES)MEMORIA

Ella había llegado allí explorando los recovecos de ese amplio edificio de pisos brillantes y paredes blancas. El hombre se le acercó furtivo, como si fueran cómplices en una broma.

Escuchó las llamas murmurar detrás de él. Olió la carne de res a la brasa, sazonada en el aire por la sal marina. Lo vio inclinarse hacia ella con una mueca que pretendía ser una sonrisa, sosteniendo algo en su mano. No era un cuchillo; tal vez era una espátula. Su pelo escapando de su gorro blanco, su cara grande y sudorosa, su boca casi encima de la suya, el ataque de su aliento de avispas furibundas, su mano libre tocándole una mejilla.

El exceso de espacio ocupado tan cerca de ella la despertó de su letargo playero y algo empezó a moverse entre los huesos de su tórax. Empujó la cara del hombre hacia un lado y corrió rápido, más rápido que nunca, una yegua galopando dentro de su pecho.

Cuando regresó a donde sus padres, hizo que su voz viajara alto, a pesar de que su cuello apenas llegaba al borde de la mesa. En ese momento quiso crecer, ya. Mientras les contaba de esa cara y de esa mano, miró su reflejo en el vaso sudoroso que su padre sostenía como si lo estuviera ahorcando. Era un sudor diferente al del hombre, pensó, el del vaso parecía fresco, alegre. La escucharon con sus mejillas cada vez más cerca a las de ella, y luego su madre la llevó a caminar por la orilla. Después le dijeron que se habían hecho cargo. Ella seguía un poco en ascuas, esperando que la castigaran por haberse ido sin permiso, pero no lo hicieron.

Años después, ya adulta, volvió a recordar el incidente. Se percató de que casi todas las niñas tenían recuerdos similares. Le intrigó el significado de "hacerse cargo". Le preguntó a su madre y ella le dijo que eso no había pasado. Que ellos nunca la hubieran dejado ir sola a deambular por un hotel. Las dudas le empezaron a pesar como una montura demasiado grande. Y si no pasó. Y si no pasó así. Y si lo malinterpretó. Y si lo soñó. Y si...

Pero desde aquel día, en su memoria, la yegua galopante dentro de su pecho sigue allí, alerta.



## CHIRRIDOS Y GEMAS

Luz pasa por la caverna oscura debajo de su casa, un refugio rocoso, un vientre. El efluvio del mar sube la cuesta y ella lo absorbe como una flor del desierto absorbe el sol. Lleva medias de algodón con bordes de encaje y sandalias de plástico que chirrían cada vez que da un paso. Mira hacia ese escondrijo con curiosidad, como siempre. Esta vez, un resplandor la llama. Dos pequeñas luces verde amarillas están suspendidas frente a ella al final de la negrura envolvente. Se entrecierran con sus pasos y se abren cuando ella se detiene. Avanza hacia las luces, fascinada por el vínculo entre ellas y el movimiento de sus pies. Ha extendido su mano cuando escucha la voz de su papá detrás de ella, repentina y tranquila como una explosión controlada. «No te muevas, voy a sacarte». Sacarme de dónde, se pregunta, sin entender. Él la alcanza enseguida, su espalda curvada para encajar en el espacio. «Ven conmigo», le dice, toma su mano y comienza a retroceder, sus ojos fijos en las luces verde amarillas, que ahora parecen duras como gemas. Los ojos de Luz ya se han adaptado a la oscuridad y puede ver lo que no podía antes. Puede ver que las gemas están engarzadas en la cara de un gato grande con pelaje de miel, manchas oscuras y cola enhiesta. «Mira», dice, apuntándolo. «Sí, lo veo, no señales». Han llegado a la entrada; la luz del día los acoge. Luz quiere regresar y acariciar a ese hermoso ser. Su papá dice que no, que tienen que ir a casa.

Por la noche, insomne en su cama, Luz deja que el gato grande le bañe la cara con su lengua y con sus ojos cegadores, deja que su luz la invada.

## CUANDO EL SOL LE PARTE LA CARA A CUALQUIERA

Se subieron al bote, que se bamboleaba aún más con sus pisadas inciertas. Agarradas la una de la otra, rechazaron al unísono la mano apurada que el conductor les extendió, luego de haberse secado el sudor en su pantalón gris. El mono capuchino sentado a horcajadas sobre los hombros del conductor se agarró más fuertemente de su cuello y chilló cuando el hombre se inclinó hacia ellas. El hombre sacó de su bolsillo un ají rojo, largo y delgado; el mono lo agarró al vuelo y se lo zampó de dos mordiscos mientras arrugaba la frente y movía frenéticamente la mano libre. A su alrededor, el río parecía hervir hecho una furia.

Caminaron agachadas para mantener mejor el equilibrio y se sentaron sobre la tabla al extremo del bote, recalentada por el sol del medio día, amo y señor de esos cuerpos de agua. Tenían que levantar sus traseros para que cada cachete no tocara la superficie por más de unos pocos segundos, hasta que su carne absorbió el calor atrapado y apaciguó a la bestia. Se acordaron del

consejo de su madre: «No se sienten en lo caliente, después se enferman de ahí abajo y les sale el flujo». En la costa no había manera de evitarlo si se tenía que estar al descampado. El hombre y el mono las miraban castaños desde el otro extremo del bote, el más alejado de la orilla. Notaron que el mono siempre veía en la misma dirección que el hombre, o viceversa.

El conductor del bote parecía no haber renunciado a la esperanza de llenarlo, y seguía pregonando con una voz que retumbaba desde dentro de su camisa blanca, adelgazada por el sol y el tiempo. Cada vez que gritaba, el mono desanudaba sus brazos de la nuca del hombre y se tapaba los oídos, mascullando y cerrando los ojos. El hombre sacó una botella de agua pequeña de una bolsa de papel y se la pasó. El mono la destapó, se la tomó en un santiamén y tiró la botella al río.

A ellas les costó esfuerzo entender lo que el hombre había anunciado, las letras entremezcladas en su boca como arroz sopudo, no el arroz graneado que su madre preparaba, su madre de pronunciaciones claras y pausadas, y que no estaba con ellas.

Pese a sus esfuerzos, el hombre no consiguió que más pasajeros se animaran a dejar el área de descanso, techada y con ventilador. Seguramente estaban esperando por un bote más grande, o a que bajara el sol, a que cayera la tarde. Resignado, el hombre con olor a tierra de sembrío mojada y el mono con olor a fermento de pechiche volvieron la vista hacia el río, como trazando el trayecto. Inseguras de haber tomado la embarcación correcta, las hermanas le preguntaron qué había dicho, hacia dónde se dirigía. El hombre les mostró sus dos hileras de dientes tan gastados como la camisa y, mirándolas con ojos acuosos que reflejaban el hervor del agua, contestó que este bote llega hasta donde ustedes quieran que llegue, señoritas, secándose con una mano el sudor que le abrillantaba la frente, acomodando la camisa dentro de los pantalones con la otra, mientras el mono, estirando su cabeza hacia ellas por sobre la cabeza del hombre, desplegaba los largos colmillos de su sonrisa.

## **EN ALGÚN MOMENTO**

No ha amanecido del todo cuando ella sale de la casa. Se levantó intrigada por la ausencia de los sonidos habituales, del canto empecinado de los gorriones y los gallos salvajes. En vez de eso, le pareció escuchar chillidos desconocidos. El exterior luce diferente, extraño. La luz es escasa, pero la ataca de manera frontal. Piensa que tal vez es un efecto de la desvelada de anoche; habían bebido más de la cuenta y tenido conversaciones apocalípticas. Mira alrededor: las casas, las calles siguen igual, así como los cables de electricidad, los de teléfono, los de fibra óptica, pero toda la vegetación ha cambiado rotundamente. Le parece más verde, más gigante, más salvaje. Tener de

su lado a la tecnología la hace sentir en territorio firme, conocido. Abre la aplicación para reconocer plantas y enfoca a una de grandes hojas que ha aparecido al pie de su ventana. La aplicación no la identifica. La sube en Google Images, que la lleva a un website de botánica prehistórica donde ve el dibujo de una planta similar, con un nombre que se le hace difícil pronunciar. Se está preguntando cómo pudo aparecer súbitamente esa planta en su jardín cuando un graznido la hace mirar hacia el cielo y se encuentra con un animal volador enorme. Aunque dejó los lentes sobre la mesa de noche, está segura de que es demasiado grande para ser el halcón que usualmente se estaciona en el árbol al frente de su casa; además, las alas son diferentes, casi que parece un murciélago gigante.

Recuerda vagamente que al final de la noche conversaron sobre las posibles causas de los continuos temblores que habían ocurrido durante las últimas semanas. Estos temblores eran un enigma para los sismólogos, que no habían podido registrar lo que los estaba causando. Así, en el grupo intercambiaron hipótesis de flujo tan libre como el wiski y el vino que se estaban dispensando, acerca de qué mismo era lo que los producía. Uno de sus amigos aventuró que los sismógrafos en uso no podían registrar lo que subyacía a los temblores porque estaban chocando entre sí placas de diferentes planos temporales, tal como lo hacen las placas tectónicas regulares.

Alguien había respondido, y ese fue el consenso, que en ese caso se estaría creando un mundo en el que coexistirían diferentes especies, diferentes versiones del planeta. Conversa de borrachos. Seguramente ella, como hace todo el mundo, había construido su sueño con los retazos de los eventos del día anterior que le causaron una impresión en la psiquis. Por lo visto, su inconsciente se había tomado esa conversación bastante en serio. Debe ser eso lo que pasa, que todavía está soñando.

Mientras se apertrecha detrás de esos pensamientos tranquilizadores, ha seguido caminando y ahora está en el jardín de los vecinos. Allí divisa, corriendo vertiginosamente hacia ella, a un animal de más de tres metros, erguido, de piel rugosa, brazos cortos y tronco y cola largos, hocico protuberante y gruñidos agudos al que no necesita buscar en el teléfono para reconocer. Demasiado lejos de la puerta de su casa para escapar, se pellizca el brazo tratando de despertarse a tiempo.